

ACTO PRIMERO

Salita modesta, de casa burguesa. A la derecha, dos puertas. Al fondo, puerta sobre un corredor y otra puertecita de escape. A la izquierda, puerta grande, de cristales, tapados hasta la mitad con visillos de muselina y comunicando con el laboratorio de D. PABLO. A la derecha, entre ambas puertas, chimenea de mármol. Al levantarse el telón está ENGRACIA acabando de cerrar las puertas del fondo y de poner en orden los muebles de la sala.

ENGRACIA

Así... Martes, nada más, y hacemos sábado... ¡sí que debe ser personaje ese señor!

Entra GLORIA por la puertecita del fondo.

GLORIA

¿Ha vuelto Carmen?

ENGRACIA

No, señorita... ¿Se siente mal la señorita?

GLORIA

No, no; gracias.

Mira, extrañada del trajín que lleva la chica.

ENGRACIA

No me mire usted con esos ojos, señorita. Me lo mandó la señora. Se ha hecho toda la sala de arriba abajo, y toda la casa ha querido que se hiciera para recibir á ese señor.

GLORIA

¿De quién hablas?

ENGRACIA

Aquí se le nombra muchas veces: ese que va para ministro...

GLORIA

¿Don Julio Quintana?

ENGRACIA

Don Julio Quintana, sí, señorita. Creo que vendrá esta tarde.

Una breve pausa.

¡Vamos, que la casa va para arriba, señorita! Cada día un paso más y cosas nuevas. La señora no descansa; nunca está contenta... A mí misma, ¡me echa unos regaños!

GLORIA

¡Si es tan buenal...

ENGRACIA

¡Lo que ella tendrá hecho por mejorar y mejorar! Cuando entré en la casa, hará seis años, se me cayó el alma á los pies... ¿Dónde te has metido, Engracia?... Porque, señorita, sin exageración: á usted le vivía entonces su madre y no estaba con los señores...; pues olvidando que han de subirse dos pisos para llegar aquí, parecían la familia del portero... ¡Como el señor Isidro, el viejo, ya entonces no soltaba ni para comer, su gorra de galón y su librea...!

GLORIA

Sonriendo.

¡Si él te oyera, Engracia! ¡Su uniforme de bedell
¿Librea, dices?...

ENGRACIA

Da lo mismo... Y el señor Isidro sí que no ha cambiado: como era, es hoy; ni más, ni menos.

GLORIA

Tiene el orgullo de su humildad; pero es un buen hombre.

ENGRACIA

¿En su casa de usted habría un disgusto, verdad, cuando don Pablo, su hermano, se quiso casar con la señora?

GLORIA

Yo era niña; no recuerdo...; pero ¿por qué, Engracia?...

ENGRACIA

¡A ver!... La posición... Al fin y al cabo la señora era hija de un portero... ó de eso que usted dice, bueno; y su hermano de usted, don Pablo, un hombre de carrera... Me parece que había diferencia...

GLORIA

¡Bah!... No creas tú que tanta, Engracia. A mi hermano y á mí nos educaron bien, porque mi padre, que era contratista de obras y un hombre muy listo, gastó mucho en eso. Pero en cuanto á posición, ya él lo decía: "ni hijos de ricos, ni padres de pobres; pero con días de unos y de otros". Y hay mucho así en Madrid, no creas... Sin ir más lejos, esta casa: estábamos igual...

Una pausa.

¿Llaman, verdad?

ENGRACIA

Saliendo.

Será el señorito estudiante que habla con usted.

GLORIA

¿Cómo?

ENGRACIA

Desde la puerta del fondo.

Bueno: que le dice alguna cosa, cuando llega rezagado.

GLORIA

Afectando indiferencia.

Me da las buenas tardes...

Sale ENGRACIA y á los pocos segundos entra por el fondo ENRIQUE, que saluda á GLORIA con visible encogimiento: también GLORIA aparece un poco cohibida.

ENRIQUE

Saludando.

Glorita.

GLORIA

Enrique.

ENRIQUE

Buenas tardes... ¿Están ya en la lección?

GLORIA

Hace un momento. Ya sabe usted que mi hermano es puntual. Y aunque él se olvidara, Isidro no

le dejaría. Hasta los de casa quiere que veamos que fué en sus tiempos buen bedel.

ENRIQUE

Es cierto, Glorita... ¿Y usted va estando mejor, Glorita?

GLORIA

Voy estándolo, Enrique...

ENRIQUE

Pues como ya he tenido el gusto de saludarla, entraré á prácticas. Don Pablo no ve con buenos ojos que lleguemos tarde.

GLORIA

Como usted quiera, Enrique.

ENRIQUE

Gracias, Glorita. Adiós, Glorita.

GLORIA

Adiós, Enrique.

GLORIA abre la puerta de cristales y ENRIQUE entra en el laboratorio ENGRACIA, que sigue ordenando la sala, sonríe.

ENGRACIA

¿Qué tendrán los estudiantes?... Este don Enrique no es tan animado que digamos; y, sin embargo, yo no sé, pues da alegría.

GLORIA

Ingenua.

¿Verdad que sí?

Voz de ISIDRO, carraspeando y gruñón por el corredor.

ISIDRO

¡Engracial! ¡Engracial! ¡Engracital...

ENGRACIA

En voz baja, acercándose a GLORIA.

¡El viejo! No vaya la señorita a decirle nada de

la visita que esperamos. Me lo encargó la señora. Ya sabe usted que al señor Isidro todo se le vuelven chismes, y ella es muy reservada con su padre. Yo creo que el pobre está chiflado.

GLORIA

Yo le hablo muy poco. A veces me da pena, y a veces me da miedo.

ISIDRO

Entrando.

¡Engracial!... ¡Ven acá!

Se dirige a ella furioso y la sujeta, sacudiéndola por los hombros con verdadera furia: viene el viejo en mangas de camisa y tiene congestionada la cara.

¡Si ahora mismo no aparece mi chaqueta de uniforme, te estrangulo!... ¿dónde está?... ¿La has escondido?

ENGRACIA

Apurada y con pánico.

¡Por la salud de mi madre, que esté en gloria, no

la he visto!... ¡le juro á usted que no la he visto!
Lo mismo lo diría: ¡suelte usted!...

Logra desasirse del viejo con un brusco esfuerzo.

ISIDRO

Glorita... Me han escondido mi chaqueta de uniforme.

ENGRACIA

Desde el fondo.

¡Lástima no le hayan escondido la botella del coñac!

ISIDRO

Siempre á GLORITA.

¡Si tu hermano supiera los tratos que me dan las dos!... mi hija, lo mismo que esta lagartona de Engracia, que lo hace por adularla nada más. . ¡No te rías, ó te mato, Engracial!

ENGRACIA

Defiéndame usted, señorita!

GLORIA

Déjela usted, Isidro; ya buscaremos la chaqueta.
No se apure usted.

ISIDRO

¿La buscaremos, verdá? ¿Me ayudarás, Glorita?...
¿No te parece que entre en el cuarto de Carmen?

Señala la lateral derecha de primer término.

Tal vez ella la cogió...

GLORIA

Será posible; para cepillarla...

ENGRACIA

Que falta le hacía.

ISIDRO

A GLORITA.

¿Sí, verdá?... Pues entonces entro, ¿verdá? Y tú

me ayudas luego... Me lo has prometido; tú me ayudas, ¿eh?

Hace mutis por la lateral derecha de primer término.

GLORIA

No lleva otra idea

ENGRACIA

Que ha terminado de poner la sala en orden y que va á salir, desde la puerta.

Y con eso, la energía que se saca y el juicio que tiene para lo demás, que asusta cuando se pone...

Como si hubiera oído un timbrazo.

¡La señora!

Sale ENGRACIA por el fondo. GLORIA un instante mira por encima de los visillos, hacia lo interior del laboratorio. Entran ENGRACIA y después CARMEN por el fondo.

¡Señorita, señorita!... ¡y cómo viene la señora! ¡qué de cosas trae!... ¡fiesta grande, fiesta grande!...

CARMEN llega con unas flores y unos paquetes, cargada. GLORIA corre á ella para abrazarla.

GLORIA

¡Oh, flores y todo!... ¡qué bonitas, Carmen!... Pero tú más que ellas.

CARMEN

Pues me cuestan un ojo de la cara... Sólo que era necesario. Ya verás. Con aquel jarrito de cristal que está sobre la chimenea y aquí, á un lado de la mesa, va á quedar la sala una preciosidad...

ENGRACIA

¿Lo hago, señora?

CARMEN

¡No, por Dios!... ¡Déjalas estar!... Toma: esto es para ti.

¡Qué precioso!

ENGRACIA UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

CARMEN

Pues es porcelana barata y del país. Unos que he visto, ingleses, con su bandejita y todo... sí que

eran preciosos. ¡Pero quién se atreve con ellos!
 ¿Por qué no esperarán para hacer cosas bonitas á
 que yo pueda gustarlo? ¡Me da una rabia!

GLORIA

¡Qué cosas tienes!...

CARMEN

Pues me amargan la vida... En fin, cómo ha de
 ser...

ENGRACIA

¡Qué vajilla! ¡Si parecen juguetes!

CARMEN

Es para el te... ¿Sabrás tú hacerlo?...

ENGRACIA

¡Pocas veces que en el pueblo tuve que hacérselo
 á mi madre! Tenía las bilis, y una taza de te bien
 caliente, bien caliente, como mano de santo la cu-
 raba...

Entre todas van deshaciendo el pa-
 quete. ENGRACIA continúa.

¿Y el señor que esperan ustedes, también está de-
 licado? Tendrá muy mal humor, si sufre como mi
 madre.

CARMEN

A GLORIA.

Pero ésta se figura que el te es una medicina...

GLORIA

Ni más ni menos.

ENGRACIA

¿No es así?... ¡cuánta jarrital!

CARMEN

Dándolas por su orden.

Para el te, para el agua...

ENGRACIA

¿No van juntos?...

CARMEN

Impacientándose.

Nada: no sabes.

GLORIA

Yo la iré guiando; no te apures.

CARMEN

Sí, Glorita; hazme el favor: mira que es muy
bruta.

Sale ENGRACIA, cargada, y cuando
se disponía á salir GLORIA también,
CARMEN le pregunta señalando al la-
boratorio.

¿Están en la lección?

GLORIA

Quedándose.

Hace un ratito... ¿Ves, mujer?... Estas lecciones
particulares siempre le dejarán alguna cosa á Pa-
blo...

CARMEN

No te creas tú que un dineral; ¡valientes potenta-
dos están hechos sus discípulos!

GLORIA

¿Ni Enrique tampoco?...

CARMEN

Hija, tampoco... ¿para qué voy á engañarte?

GLORIA

Disimulando.

Como viste arregladito...

CARMEN

Intencionada.

Y es simpatiquísimo... pero rico, no.

GLORIA

Cortando.

¡Bah!... Voy con Engracia. Y tú, descuida.

CARMEN

Oye, además. Esto está frío. Cuida de que añadan fuego á la chimenea alrededor de las cinco... ¿Verdad, hija? No te olvides.

GLORIA

No me olvido.

GLORIA retira de la mesa los papeles en que el servicio vino envuelto, y se dispone á salir. CARMEN, cariñosa y mimosa la acompaña hasta la puerta del fondo.

CARMEN

Porque, mira, ese señor Quintana es nada menos que Director General... Y está decidido á hacer lo que pueda por nosotros. ¡Más amable! Le conocí en casa de Arroyo: ¿no te lo había dicho? Todo un caballero. ¡Ese sí que es potentado y viste bien! ¡Si vieras!... Le encuentro allá muchas tardes y no se cansa de ponderarme los méritos de Pablo. Ya le ha conseguido el nombramiento para el Congreso de Alemania. Y viene á traérselo. Que por eso viene... ¡Hija, y hay que hacer todo lo posible para irle interesando!... ¡A ver si así subimos un poco! ¡Que nos hace buena falta!

GLORIA

Saliendo.

Dios querrá que sí.

CARMEN

Vaya, Glorita, no te olvides del te, ni de la leña.

Se fué GLORIA. CARMEN, encantada al parecer, se dirige hacia la chimenea, toma el jarrito de cristal y durante la escena que sigue, coloca el ramo.

¡Y yo, á mis flores!...

A los pocos segundos, en mangas de camisa todavía, aparece ISIDRO en la lateral derecha, primer término.

ISIDRO

Carmen: mi chaqueta de uniforme.

CARMEN

La he quemado.

ISIDRO

Mi chaqueta de uniforme.

CARMEN

Alguna vez había de llegarle á usted el fin de sus manías, y á mí el no verle vestido de máscara: la he quemado.

ISIDRO

¡Carmen!... pero no, no puede ser; no me dió el tufillo. ¿Dónde está? Responde.

CARMEN

Puede usted ponerse el traje negro. Se la dí al trapero.

ISIDRO

Los remordimientos que te entran viéndome con ella querrías tú darle: dime dónde está.

CARMEN

No tengo remordimientos de nada. Y mañana se la devuelvo.

ISIDRO

¿Cambiarás un día de tratarme así...?

CARMEN

Cuando usted cambie de modo de ser... Y no que creo yo que lo hace á posta, para mortificarme.

ISIDRO

¿A tí?... Sí que fuiste algún tiempo las niñas de mis ojos... pero se acabó... Dame el uniforme. Ahora, justamente porque recuerdo el tiempo aquel, estorbo.

CARMEN

¿Ve usted el hombre?... ¿Negará también que esto es inquina y no sabe hablarme sin ella hace ya tiempo?... Pues con su pan se lo coma y quedeme yo en paz; que no todas las veces tendré culpa.

ISIDRO

¡La tuviste una vez sola, pero aún dural

CARMEN

¿Fué para malo, al fin y al cabo?

ISIDRO

¡Bah! No hablemos.

CARMEN

¡Sí, respóndame usted! ¿Fué para malo? ¿No es esta casa mejor que la nuestra?... Orgullosa estaba usted, siendo bedel, porque tenía de huésped al don Pablito de sus entretelas, el mejor estudiante de la Facultad; pues hoy, al cabo de los años, ¿no es mi marido aquel portento, y usted, que casi le miraba de rodillas, no puede usted, delante de Dios y de los hombres, llamarle su hijo á boca llena? ¿Y quién hizo el milagro? Me parece que con no guardarme, que usted dice, todo eso ganamos.

ISIDRO

¿Ganar dices? No; con no guardarte, lo robaste tú.

CARMEN

Yo, sí; porque Pablo se chupaba el dedo.

ISIDRO

¡Habla con respeto de él, delante de mí á lo menos!...

CARMEN

Pues tratamiento tampoco voy á darle, porque

sea catedrático auxiliar... ¡hasta rector!... Y á su paso, y con lo encogido y poca cosa que es, tenemos para unos años todavía.

ISIDRO

No fué siempre así.

CARMEN

Claro que no; y á las pruebas me remito, por mi parte. Pero así se ha vuelto.

ISIDRO

Plomo que lleva en el ala; tú sabrás.

CARMEN

¿Yo? ¿También yo, verdad? Pero hombre, si tanta carga soy, ¿tiene más que sacudirse un día y que soltar la carga? ¡Si había de ser para que él fuera ganando!... Al fin y al cabo, ustedes me casaron. A mí no se me hubiera ocurrido que fuese buena para tanto. Y no me quejo; pero creo que estábamos mejor cuando cada uno era cada uno. Yo hago mala pareja, padre: corro demasiado, á veces, y aunque no sea para mal, cansa seguirme: ya lo sé.

ISIDRO

¡No necesitaba de que lo dijeras, mira tú! También sabemos de tus idas y venidas... ¿oyes? Pero ahora, si alguna vez llegara el caso, ¡tiembla!

CARMEN

Quiere decir que me amenaza... ¿usted á mí?

ISIDRO

Yo á ti.

CARMEN

¿Con qué derecho?

ISIDRO

Con todos; padre soy, los tengo.

CARMEN

Sí; los tuvo todos hasta aquella tarde que á usted se le recordará... ¿Recuerda usted? Aquella tarde, cuando se dejaba usted llorar como una Magdalena, hasta alcanzar reparación, que usted decía, se le acabó el mando que tuviera en mí. Sépalo usted. Y

si lo sabe y lo olvida, recuérdelo usted. No vaya á ser yo quien tenga que recordarle otras cosas; estoy en mi casa; no faltaba más. Y á amenazarme, nadie; á mandarme hoy, uno solo: mi marido... ¿Qué no es tan cascarrabias como usted?... Pues conste que ustedes dos se lo guisaron. Ni para bien, ni para mal; ni para casarme, ni para que siguieran las cosas como estaban, dije yo esta boca es mía. Lo hicieron ustedes, lo quisieron ustedes; santo y bueno.

ISIDRO

¿Vas á acabar por pintarme que había otro remedio?

CARMEN

Yo no lo buscaba.

ISIDRO

¿Pero qué hubieras hecho en este mundo, desdichada?

CARMEN

¡Todo, menos echarme encima obligaciones; ya lo sabe usted!

ISIDRO

¡Eso me lo pudiste decir aquella tarde y habrías sabido cómo se contesta á una hija descastada!

CARMEN

¡Aquella tarde!... Me faltaba aguante para dejarle á usted llorar... ¡usted no se oía!... ¡si estuviéramos á hacer segunda vez las cosas!...

Malhumorada, entra por la lateral izquierda y sale al momento, llevando en la mano el chaquetón y la gorra del bedel.

¡Tenga usted, ya que se empeña, y vístase de máscara! Así como así, por años que viva, no ha de ver más allá que estos galones. ¡Da grima!

ISIDRO

Furioso.

¡Carmen!

CARMEN

¡Ya está dicho!

ENRIQUE

Se entreabre la puerta de cristales que conduce al laboratorio y ENRIQUE, asomando la cabeza, dice:

Que si tienen ustedes que hablar, hablen bajito. Dice don Pablo que lo agradecerá; que dentro no nos entendemos para dar lección.

ISIDRO

Extraordinariamente compungido, con la gorra en una mano y la chaqueta en la otra, al estudiante.

Perdón; yo he sido. Diga usted que yo he sido, don Enrique; perdonen ustedes; ¡más quisiera estar ahora mismo seis palmos bajo tierra, que...

CARMEN

Secamente, interrumpiéndole.

Diga usted que está bien.

ISIDRO

Vuelve á cerrarse la puerta de cristales; hay una pausa y dice el viejo:

Otra que he de agradecerte á ti.